

LIBRO VIGÉSIMOQUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

ROMA.

Nuestros lectores tendrán á bien, al menos así lo esperamos, aplazar algunos momentos la explicación que va á tener lugar entre Petrus y Regina, á fin de seguir en su peregrinación uno de los héroes de esta historia, héroe que nosotros abandonamos hace tiempo, y por el que nos ha parecido que ellos se interesan algo.

Siéndonos imposible seguirle en su larga correría al través de los Alpes, á lo largo de los Apeninos, supondremos que han pasado seis semanas desde que el hermano Domingo se despidió de Salvador en el camino de Fontainebleau, que se halla en Roma hace ocho días; que sea por casualidad, sea por precaución tomada de antemano, han sido inútiles sus esfuerzos por llegar hasta León XII, y que desesperado ya, resolvió acudir á la carta que con tal efecto le entregó Salvador.

El lector entrará, pues, con nosotros en el patio del

palacio Colonna edificado en la *via dei Santi-Apostoli*, subirá al *piano nobile*, es decir, al piso principal, se deslizará, gracias al privilegio que tiene el novelista de penetrar en todas partes, por entre las dos hojas de una puerta entornada y se hallará en el gabinete del embajador de Francia.

El gabinete es sencillo, forrado de papel verde con cortinas de damasco y sillas del mismo color.

El solo adorno de aquel gabinete, el más rico de cuadros que hubo en Roma en otro tiempo, es un retrato del rey Carlos X.

Alrededor de la habitación, apoyados en las paredes hay varios trozos de columnas mutilados, un brazo de mujer, una espalda de hombre, todo arrancado á la tierra en excavaciones recientes; cerca de ellos un enorme pedazo de mármol y enfrente de la mesa un modelo de sepulcro.

Esta tumba, de forma muy sencilla, lleva encima un busto de Pusino.

Sus bajos relieves representan *los pastores de la Arcadia*. Y al pie del bajo relieve se lee esta inscripción:

F. R. DE CH.

A NICOLAS POUSSIN.

POUR LA GLOIRE DES ARTS ET L'HONNEUR DE LA FRANCE.

Un hombre está sentado á la mesa-despacho, y escribe un parte con letra prolongada y legible.

Este hombre tendrá próximamente sesenta años; su frente ancha y proeminente está rodeada en las sienas de algunos cabellos de color de ceniza; sus párpados negros cubren dos ojos cuyas miradas parecen relámpagos; su nariz es larga y delgada; la boca es también fina; la barba

bien cortada ; las mejillas, morenas con el sol de los viajes, están ligeramente picadas por las viruelas ; el conjunto de su fisonomía es al propio tiempo dulce y allivo ; todo indica en él al hombre de alta inteligencia, el hombre de pensamientos luminosos y rápidas decisiones : sea poeta ó soldado, de seguro pertenece á la antigua raza francesa.

En efecto, es el poeta que escribió *René*, *Atala* y los *Mártires* ; es el hombre de Estado que publicó el folleto titulado *Bonaparte y los Borbones* ; es el ministro que declaró en 1823 la guerra de España, el diplomático que sucesivamente representó la Francia en Berlín y en Londres ; es el vizconde Francisco Renato de Chateaubriand, embajador cerca del Santo Padre. Su nobleza es antigua como la Francia.

Hasta el siglo XIII sus antepasados tuvieron por armas un penacho de plumas de pavo real ; pero desde la batalla de Mausourah, Godofredo, el cuarto en la familia de este nombre, que llevaba delante de San Luis la bandera de Francia, se embozó en ella antes de entregarla á los sarracenos ; y habiendo recibido así varias heridas que desgarraron á la vez el estandarte y su carne, San Luis le concedió el privilegio de armarse con campo de gules salpicado de innumerables flores de lis de oro, llevando esta divisa :

La bandera de Francia tiñó mi sangre.

Este hombre es el gran señor y el poeta por excelencia ; la Providencia le puso en el camino de la monarquía como á aquel profeta de que habla el historiador Joseph, y que durante siete días gritaba alrededor de las murallas de Jerusalén : « ¡ Jerusalén, caiga sobre ti la desgracia ! » y el séptimo día gritó : « ¡ Que la desgracia me coja ! » Y

fué muerto después por una piedra que cayó de las murallas.

La monarquía le detesta como á todo lo justo y veraz ; así le aleja de ella haciendo como que recompensa su adhesión. Especuló con lo que tenía de artista, y le ofreció la embajada de Roma ; él por su parte no pudo resistir al imán de las ruinas, y hélo ahí embajador en Roma.

¿ Qué hace en Roma ?

Sigue con la vista la vida de León XII que se apaga.

Escribe á Mad. de Recamier, la Beatriz de este nuevo Dante, la Leonor de este nuevo Tasso ; dispone un monumento para el Pusino cuyos bajos relieves hará Desprez, cuyo busto hará Lemoine ; en fin, en sus momentos de ocio hace excavaciones en Torre-Vergata, no con el dinero del gobierno sino con el suyo por supuesto, y producto de estas excavaciones son los pedazos de antigüedades que habéis mirado en su gabinete.

Ahí le tenéis dichoso como un niño ; el día anterior ha ganado en esa lotería de los muertos, como él la llama, un pedazo de mármol griego, bastante grande para que de él se pueda hacer su busto del Pusino.

Y precisamente en este momento de alegría, se abre la puerta ; levanta él la cabeza y pregunta al ujier que la guarda :

— ¿ Qué hay, Gaetano ?

— Excelencia, responde el ujier, es un monje francés que ha hecho á pie el viaje de París á Roma y que desea hablaros, según dice, para un asunto de la más alta importancia.

— ¿ Un monje ! repitió el embajador asombrado : ¿ y de qué orden ?

— Dominicano.

— Haced que pase.

É inmediatamente se puso en pie.

Respetaba profundamente las cosas santas, los hombres religiosos, como hacen todos los grandes corazones y todos los grandes poetas.

Entonces se pudo notar que era bajo de estatura, que su cabeza era un poco demasiado gruesa proporcionalmente á su cuerpo, que como todos los descendientes de las razas guerreras, cuyos antepasados llevaron cascos, tenia el cuello algo recogido por atrás dentro de los hombros.

Al aparecer en el umbral de la puerta, le halló, pues, el fraile derecho.

Aquellos dos hombres no necesitaron más que una mirada para conocerse, ó mejor dicho, para reconocerse.

Ciertos corazones y ciertas inteligencias son de la misma familia : donde quiera que se encuentren se conocen ; jamás se han visto uno al otro, es verdad ; mas las almas que no se han visto ¿ dejarán de conocerse en el cielo ?

El más anciano de los dos presentó al otro ambas manos.

El más joven se inclinó.

Después el más viejo dijo al más joven con el sentimiento del más profundo respeto :

— Entrad, padre.

El hermano Domingo entró.

El embajador hizo con la cabeza una señal al ujier para que cerrase la puerta y cuidase de que nadie entrara :

El monje sacó de su pecho una carta y la entregó al vizconde de Chateaubriand, que reconoció su propia letra en cuanto hubo mirado la carta.

— ¡ Una carta mía ! dijo.

— No he hallado mejor introductor para con vuestra excelencia, respondió el monje.

— ¡ Á mi buen amigo Valgeneuse !... ¿ y cómo está esta carta en vuestras manos, padre ?

— La he recibido de su hijo, excelentísimo señor.

— ¿ De su hijo ? exclamó el embajador, ¿ de Conrado ?

Hizo el fraile con la cabeza un gesto afirmativo.

— ¡ Pobre joven ! dijo melancólicamente el anciano ; ¡ le he conocido hermoso, joven, lleno de esperanzas, y ha muerto después bien desgraciado y fatalmente !

— Creéis como muchos otros que ya ha muerto ; mas á vos, excelentísimo señor, á vos, amigo de su padre, puedo deciros no ha muerto ; vive, y pone á vuestros pies sus respetos.

El embajador miró al monje estupefacto.

Dudaba de que estuviese en el uso de su razón.

El monje comprendió la duda que acababa de nacer en el espíritu de su interlocutor. Sonrió, pues, tristemente.

— No estoy loco, añadió ; no temáis, y sobre todo no dudéis : vos hombre iniciado en los misterios debéis saber que la realidad va más allá que todas las ficciones.

— ¿ Conrado vive ?

— Sí.

— ¿ Y qué hace ?

— Ese secreto ya no es mío ; es el suyo.

— Cualquiera cosa que haga, debe de ser una gran cosa ; le he conocido y era el suyo un gran corazón. ¿ Decidme ahora, cómo y para qué os ha entregado esa carta ? ¿ Qué deseáis ? disponed de mí.

— ¿ Y su excelencia se pone á mi disposición sin saber á quién habla, sin preguntarme quién soy ?

— Sois un hombre, y por consiguiente sois un her-

mano; sois un sacerdote, luego venis de parte de Dios: no tengo necesidad de saber más.

— Si, pero yo debo deciroslo todo: posible es que el contacto sea fatal á quien me toque.

— Padre, acordaos del Cid: San Martín oculto bajo sus harapos le llamaba en su ayuda desde el fondo de un barranco, diciéndole: « Señor caballero, apiadaos de un pobre leproso caído en este foso de donde no puede salir: tendedle la mano; vuestra mano no arriesga nada cubierta como está de una manopla de hierro. » El Cid se apeó del caballo, se acercó al barranco y sacando su guante de hierro, le dijo: « Con ayuda de Dios te daré sin inconveniente la mano desnuda. » Y le dió su mano desnuda, y el pobre leproso se transformó en un santo que le guió á la vida eterna.

El monje conservó su mano oculta en la ancha manga.

— Excelencia, dijo, soy hijo de un hombre cuyo nombre habrá llegado indudablemente hasta vos.

— Decid ese hombre.

— Soy el hijo de Mr. Sarranti, condenado á muerte hace dos meses por el tribunal de Assises del Sena.

El embajador dió á su pesar un paso atrás.

— Por robo seguido de asesinato, murmuró.

— Acordaos de Calas, acordaos de Lesurques; no seáis más severo ó más incrédulo que el rey Carlos X.

— ¿ Que el rey Carlos X? dijo Chateaubriand.

— Si: cuando me llegué á él, cuando me eché á sus pies, cuando le dije: « Señor, necesito tres meses para probar la inocencia de mi padre, » el rey me respondió: « Concedo esos tres meses; durante ellos ni un cabello se quitará á la cabeza de vuestro padre. » Y partí, y héteme aquí, señor, delante de vos á quien digo: Por el honor de

un juramento, por la santidad de mi traje, por la sangre del Señor que ha corrido para los hombres, juro á V. E. que mi padre es inocente y que la prueba de su inocencia está aquí.

Y el fraile se golpeó en el pecho.

— ¿ Tenéis ahí sobre vuestro cuerpo la prueba de la inocencia de vuestro padre y no la exponéis? dijo el poeta.

El monje meneó la cabeza.

— No puedo, dijo.

— ¿ Quién os lo impide?

— Mi deber, el traje que llevo; el sello de hierro de la confesión está marcado en mis labios por la fatalidad.

— Pues entoncés es preciso ver al Santo Padre, es preciso ver al Ilmo. Pontífice, es preciso ver á S. S. León XII. San Pedro, de quien es sucesor, ha recibido del mismo Jesucristo el derecho de ligar y desligar.

— Hé ahí, gritó el joven monje con la frente iluminada por una súbita alegría, hé aquí justamente lo que vengo á buscar á Roma, hé aquí por qué estoy aquí, cerca de vos, en vuestro palacio; vengo á deciros: Desde hace ocho días los obstáculos se multiplican debajo de mis pies; se me niega la entrada en el Vaticano; y sin embargo, el tiempo pasa; el cuchillo está suspendido sobre la cabeza de mi padre; cada minuto lo acerca á ella; ¡ enemigos poderosos quieren su muerte! Yo me había propuesto no venir á V. E. sino en el último extremo; pero el último extremo ha llegado y héme aquí á vuestros pies como he estado á los pies del rey que representáis; es necesario que vea á S. S. lo más pronto posible, ¿ me comprendéis bien? ¡ cualquiera diligencia que haga, llegaré demasiado tarde!

— Dentro de media hora, hermano, estaréis á los pies de S. S.

El embajador tiró de la campanilla; el ujier volvió á presentarse.

— Que pongan los caballos al coche y que vengan á vestirme á mi habitación.

Después, volviéndose hacia el monje:

— Voy á ponerme el uniforme de embajador, dijo: esperadme en vuestro hábito de combate.

Diez minutos después, el monje y el embajador salían por la *via de Passocio*, atravesaban el puente de *Santo Angelo*, y corrían hacia la plaza de San Pedro.

EL SUCESOR DE SAN PEDRO.

León XII, Anibal de la Genga, que nació cerca de Spoleto el 16 de Agosto de 1760, y fué elegido Papa el 28 de Septiembre de 1825, ocupaba el trono pontifical hacia ya muy cerca de cinco años.

Era, pues, el día en que llegamos, un anciano de sesenta y ocho años, alto, seco, de rostro triste y contento á la vez: habitaba de costumbre en un gabinete pobre y casi sin muebles, viviendo con un gato, su más habitual compañero, de un poco de *polenta*; viéndose muy enfermo, viéndose perecer con una resignación casi alegre, habiendo recibido ya veintidós veces el viático, es decir, habiendo estado ya veintidós veces en peligro de muerte, y muy dispuesto á poner como Benito XIII su ataúd debajo de su lecho.

Anibal de la Genga había sido nombrado por designación de su colega el cardenal Severoli, que había sido excluido del pontificado por mediación de Austria y le había indicado como su sucesor.

En el momento en que treinta y cuatro votos le hicieron Papa y en que los cardenales que acababan de nombrarle le

felicitaban, levantó su traje de púrpura, y enseñando á los electores del conclave sus piernas hinchadas:

— ¿Cómo, gritó, podéis creer que yo consienta encargarme del fardo que queréis imponerme? Es sobrado pesado para mí; ¿qué sería de la Iglesia en medio de todos sus apuros, si su dirección se encargase á los cuidados de un Papa enfermo y moribundo?

Precisamente la cualidad de enfermo y moribundo había valido á León XII su exaltación.

No se elige un nuevo Papa más que á condición de que muera lo más pronto posible, y ni uno solo de los doscientos cincuenta y cuatro sucesores de San Pedro había llegado hasta aquella época á la edad del príncipe de los apóstoles; es decir, veinticinco años de pontificado.

Non videbit annos Petri: tal es el proverbio, ó por mejor decir, la predicción con que se saluda á los nuevos Papas.

Al imponerse el nombre de León XII, Anibal de la Genga parecía haber contraído el compromiso de morir pronto.

El Florentino León XI, elegido en 1605, no había reinado más que veintisiete días.

Y sin embargo, aquel hombre débil, de piernas hinchadas, pareció en el primer instante haber recibido la espada de la Iglesia de las mismas manos de San Pedro.

Hizo á las cuadrillas de ladrones una guerra terrible, sacando de una aldea á todos sus habitantes para llevarlos á Spoleto, su país natal. Estos paisanos habían sido acusados de mantener relaciones directas con los bandidos y de ser hasta cierto punto bandidos ellos también. Á partir de aquella fecha, no se volvió á hablar más de ellos y quedaron tan olvidados como si se les hubiera deportado á Botany-Bay.

Por otra parte, León XII se había mostrado muy severo con los preceptos religiosos, prohibiendo los espectáculos y las diversiones durante el año de jubileo.

Había convertido á Roma en un desierto. Ahora bien, los romanos de la ciudad no tenían más que un recurso, el alquiler de sus casas.

Los romanos de las montañas no tenían más que un comercio: sus relaciones con los bandidos.

Resultó pues que habiendo arruinado León XII á los romanos de la ciudad y á los romanos de la montaña, el Papa-León XII era execrado á la vez de ciudadanos y campesinos.

Cuando murió, dos hombres de Ostia, que cometieron el crimen de manifestar sus simpatías por el Papa difunto, estuvieron á punto de ser degollados.

Llamaban á León XII en su juventud *el marchesino* (el marquesito). Habiale predicho un astrólogo que llegaría á ser Papa.

Y á consecuencia de esta predicción hizo su familia que se ordenara.

¿Qué hecho había dado lugar á esta predicción?

Un suceso algo extraño y que no podía descubrir el porvenir más que á los ojos de un hombre realmente dotado de doble vista.

Érase un colegio de Spoleto: los niños jugaban imitando una procesión á escondidas de sus profesores, llevando sobre andas una imagen de bulto de la Madona.

El marquesito de la Genga (sus antecesores habían obtenido aquel título de manos de León X), el marquesito de la Genga, que era el más guapo de todos los niños, fué escogido por sus compañeros para hacer de Madona.

De repente se oye llegar á su profesor; los colegiales

que llevaban las andas escapan, y la Virgen resbala igualmente de los cuatro hombros sin caer no obstante de las andas.

Un hechicero predijo entonces que el niño que resbaló de los hombros, sin caer de su improvisada silla de manos, sería Papa andando el tiempo.

Cincuenta años después y cuando ya hacia largo tiempo que era cadáver el astrólogo, se realizó su predicción.

Aquella belleza que había valido al niño marqués el honor de ser elegido para hacer el papel de Virgen, puso, según se decía, más de una vez en peligro al alma del sacerdote.

Citábanse, en efecto, dos grandes pasiones que habían agostado aquella existencia, si es que no la habían manchado: la primera concebida por una noble dama romana; la otra inspirada por una gran señora bávara.

Cuando anunciaron la visita del embajador de Francia, estaba el Papa ocupado en cazar pajarillos en el jardín del Vaticano.

La caza era su sola pasión, el Santo Padre lo confesaba él mismo; la caza era la única pasión que no había podido dominar. Los *zelanti* le imputaban como un crimen esta diversión.

León XII quería mucho á Mr. de Chateaubriand.

Cuando le anunciaron la visita del embajador de Francia, se apresuró á entregar á su ayuda de cámara la escopeta de un cañón con que cazaba, y ordenando que introdujeran al visitante, sin hacerle esperar un solo instante pasó él á su gabinete.

Introdujeron, pues, al embajador y á su acompañante, atravesando un oscuro corredor hasta el santuario del Pontífice.

Cuando aparecieron ambos en el umbral de la puerta, ya estaba el Papa sentado y esperando.

Se levantó y se adelantó hacia el poeta.

El poeta, según el ceremonial de costumbre, y sin querer acordar del alto cargo de que estaba revestido, puso la rodilla en tierra.

Pero León XII le levantó apresuradamente, y sin sufrir que continuase en aquella posición, le cogió por la mano y le condujo á una butaca.

No sucedió lo mismo con Domingo.

El Papa le dejó arrodillarse y besar la punta de su traje.

Cuando el Pontífice se volvió, vió á Mr. de Chateaubriand de pie y le hizo meramente una seña para que se sentase.

Pero contestándole el embajador:

— Tolerad, dijo, Santísimo Padre, no sólo que esté levantado, sino que me retire. Os he traído este joven que viene á imploraros para salvar la vida de su padre. Ha andado cuatrocientas leguas para venir: otras cuatrocientas andará para volver. Ha venido con esperanza, y según vos contestéis ó sí ó no volverá en la mayor alegría ó regresará con lágrimas.

Después volviéndose al monje que permanecía de rodillas:

— Tened ánimo, padre, le dijo; os dejo con aquel que está por encima de los reyes, tanto como los reyes están por encima del pobre mendigo que acabamos de hallar á la puerta del Vaticano.

— ¿Volvéis á la embajada? preguntó el joven fraile, casi asustado de verse abandonado á sus propias fuerzas; ¿y ya no os volveré á ver?

— ¡ Oh ! sí, dijo sonriendo el protector del hermano Do-

mingo, me inspiráis un interés demasiado vivo para que pueda despedirme así. Voy, con el permiso de S. S., á esperar en la *Stanze*. No temáis haceros esperar; me olvidaré del tiempo ante las obras del que lo ha vencido.

El Papa le tendió la mano y á pesar de su resistencia, el embajador se la besó.

Después salió dejando frente á frente el más alto y el más bajo grado de la escala religiosa: el Papa y el fraile.

No estaba Moisés más pálido y tembloroso cuando se halló en la cumbre del Sinai cegado por los rayos de la gloria divina, que se encontró el hermano Domingo cuando se vió frente á frente de León XII.

Cuanto más larga era la distancia que había recorrido para buscar aquel que tenía en su mano la vida de su padre, tanto más era la angustia y la duda que sentía en el corazón al acercarse el momento.

El Papa no tuvo más que dirigir una mirada al hermoso fraile para conocer que se iba á desmayar.

Tendióle la mano.

— Ánimo, hijo mio, le dijo; cualquier falta, cualquier pecado, cualquier crimen que hayáis cometido, la misericordia de Dios es mucho mayor que la maldad de los hombres.

— Santísimo Padre, siendo hombre soy pecador, respondió el hermano Domingo; pero si no estoy limpio de pecado, creo estar libre de falta, y seguramente lo estoy de crimen.

— Páreceme en efecto que vuestro ilustre introductor ha dicho, hijo mio, que veniais á implorarme por vuestro padre.

— Sí, Santo Padre, por él efectivamente es por quien vengo.

— ¿ Dónde está vuestro padre

— Está en Francia ; está en París.

— ¿ Qué hace ?

— Espera la muerte condenado por la justicia, ó mejor dicho por la maldad de los hombres.

— No nos hagamos, hijo mío, acusadores de nuestros jueces ; Dios les juzgará sin acusación.

— Mas entretanto mi padre está inocente y mi padre va á morir.

— El rey de Francia es un príncipe religioso y bueno, hijo mío ; ¿ por qué no os habéis dirigido á él ?

— Á él me he dirigido y ha hecho por mí cuanto ha podido. Ha suspendido la espada de la justicia por tres meses ; el tiempo necesario para que viniese de París á Roma y volviese de Roma á París.

— ¿ Y á qué habéis venido á Roma ?

— Ya lo veis, Santo Padre, á echarme á vuestros pies.

— Yo no tengo en la mano la vida temporal de los súbditos del rey Carlos X. Mi poder no se ejerce más que sobre la vida espiritual.

— Yo no pido gracia, Santísimo Padre, pido justicia.

— ¿ De qué está acusado vuestro padre, hijo mío ?

— De robo y asesinato.

— ¿ Y decís que está inocente de esos dos crímenes ?

— Conozco al ladrón, conozco al asesino.

— ¿ Pero por qué no reveláis ese terrible secreto ?

— No es mío ; es el secreto de Dios ; es el secreto de la confesión.

Y Domingo sollozando, prosternado á los pies del Santo Padre, tocó el piso con su frente.

León XII miró al joven con profunda conmiseración.

— ¿ Y qué es lo que habéis venido á decirme ?

— He venido á deciros, Santísimo Padre, á vos obispo

de Roma, vicario de Cristo, á vos el servidor de Dios ; he venido á deciros : ¿ Debo dejar morir á mi padre cuando tengo aquí sobre mi pecho, en mi mano y á vuestros pies la prueba de su inocencia ?

Y el monje depositó á los pies del soberano Pontífice, cubierta con un sobre y perfectamente cerrada, la confesión de Mr. Gerard, escrita de la mano de Mr. Gerard y firmada por Mr. Gerard.

Después sin levantarse de donde estaba arrodillado, con las manos extendidas hacia el manuscrito, con la mirada más suplicante y los ojos humedecidos por el llanto, esperó el monje la respuesta de su juez.

— ¿ Decis, hijo mío, preguntó León XII con voz conmovida, que esa declaración os fué entregada por ?...

— Por el mismo culpable, Santo Padre.

— ¿ Con qué condición ?

El monje exhaló un gemido.

— Con la condición de no publicarla hasta después de su muerte.

— Entonces esperad la muerte del culpable, hijo mío.

— Pero... ¿ y mi padre, y mi padre ?

El soberano Pontífice calló á su vez.

— Mi padre va á morir, dijo el monje sollozando, ¿ y mi padre está inocente !

— Hijo mío, contestó el Papa con voz lenta pero firme, perezcan diez inocentes, perezca el mundo entero antes que perezca un dogma.

Domingo se levantó con el alma ahogada por la desesperación ; pero lo que es más extraño, con el semblante perfectamente sereno.

Sus labios levantados por una sonrisa desdeñosa recogieron sus dos últimas lágrimas.

Sus ojos se secaron repentinamente como si se hubiera pasado por delante de ellos un hierro ardiendo.

— Está bien, Santísimo Padre, veo que ya no tengo nada en el mundo que esperar más que lo que espere de mí mismo.

— Os engañáis, hijo mío, porque voy á deciros: no revelaréis el nombre del culpable, y sin embargo, vuestro padre vivirá.

— ¿Estamos aun en tiempo de los milagros? Santísimo Padre, yo por mí no hallo nada, fuera de un milagro, que pueda ahora salvar á mi padre.

— Os engañáis, hijo mío, porque sin que digáis nada, puesto que el secreto de la confesión es sagrado para mí como para los demás, sin que reveléis nada, puedo escribir al rey de Francia que vuestro padre es inocente, que me consta (y si es un embuste yo me hago responsable de él esperando que Dios me lo perdonará), que me consta la inocencia y que yo le pido que le perdone.

— *Perdón*: no habéis hallado otra palabra, Santísimo Padre, y no hay, en efecto, más palabra que la de conceder *gracia*. Pero no se perdona más que á los culpables, y para los inocentes no hay gracia posible. Mi padre, pues, morirá.

Y el monje se inclinó respetuosamente delante del representante de Cristo.

— No os vayáis aún, hijo mío, exclamó León XII, reflexionad.

Pero Domingo, doblando las rodillas, dijo:

— Una sola merced, Santísimo Padre, vuestra bendición.

— ¡Oh! con verdadero gozo, hijo mío, exclamó León XII.

— Vuestra bendición *in articulo mortis*, murmuró el fraile.

El soberano Pontífice vaciló.

— ¿Qué pensáis, pues, hacer, hijo mío? preguntó.

— Eso, Santo Padre, es mi secreto, más profundo, más absoluto, más terrible que el de la confesión.

León XII dejó caer sus dos manos

— No puedo bendecir, dijo, al que se separa de mí con un secreto que no puede revelar al vicario de Cristo.

— Entonces ya no os pediré vuestra bendición, sino vuestras oraciones.

— No os faltarán, hijo mío.

El monje se inclinó y saltó con paso firme, él que había entrado con vacilante paso.

En cuanto al soberano Pontífice, faltáronle las fuerzas y volvió á caer sobre su sillón de madera, diciendo en voz baja:

— Velad, Dios mío, por este niño; es de la raza de aquellos con los que en otro tiempo se hacían los mártires.

CAPÍTULO II.

TORRE VERGATA.

El monje salió con paso grave y mesurado, y encontró en la antecámara al ujier de Su Santidad.

— ¿Su excelencia el señor vizconde de Chateaubriand? preguntó el monje.

— Estoy encargado de conducirlos adonde está, contestó el ujier.

Y caminó delante: e' monje le siguió.

El poeta esperaba, según había prometido en la Stanze de Rafael, sentado frente al *San Pedro libertado por el Ángel*.

Tan luego como oyó sonar sobre el pavimento el chillido de una sandalia, volvió la cabeza.

Había adivinado que era el monje.

En efecto, el fraile se hallaba ya frente á él.

Echó á su semblante una mirada rápida; aquella cara estaba serena como si fuera de mármol; pero pálida y fría como una careta de aquella piedra.

El hombre que era todo sensaciones, se sintió estremecer del hombre que era todo hielo.

— ¿Y bien? preguntó el poeta.

— Y bien: ya sé á qué atenerme ahora, respondió el fraile.

— ¿Lo ha negado! balbuceó Mr. de Chateaubriand.

— Si: no podía menos de negarlo; fui un insensato en creer un solo momento que por mí, es decir, por un pobre fraile; que por mi padre, es decir, por un servidor de Napoleón, quebrantarían una ley fundamental de la Iglesia, un dogma que salió de la misma boca de Jesucristo.

— ¿Pero, entonces?... preguntó el poeta sumergiéndole su mirada en los ojos del monje, y ¿entonces vuestro padre morirá?

El monje no respondió.

— Escuchad, volvió á decir Mr. de Chateaubriand, ¿queréis asegurarme que vuestro padre es inocente?

— Os lo he afirmado una vez; ¿habría, pues, mentido, según creéis?

— Es verdad, tenéis razón: dispensadme. Eso era lo que quería deciros.

El silencio del monje indicó que escuchaba atentamente.

— Conozco personalmente al rey Carlos X, dijo Mr. de Chateaubriand, tiene un corazón bueno y noble, iba á decir, tiene un corazón grande; pero no quiero mentir yo tampoco; por otra parte acaso delante de Dios los que han sido buenos logren más que los que han sido grandes.

— Vais á ofrecerme, interrumpió el hermano Domingo, que pediréis al rey la gracia para mi padre.

— Si.

— Os lo agradezco. El Padre Santo me ha hecho igual ofrecimiento y lo he rehusado.

— ¿Y qué razón habéis dado á vuestra negativa?

— La de que mi padre está condenado á muerte; que el rey no puede perdonar más que á los culpables. Yo conozco á mi padre; si fuera indultado por el rey, el primer uso que haría de su mano derecha sería levantarse la tapa de los sesos.

— ¿Pero entonces, preguntó el vizconde, qué va á suceder?

— Dios que lee en el porvenir y en mi corazón, es el único que lo sabe. Si el proyecto que he concebido no place á Dios, Dios que puede anonadarme con una señal, hará esa señal y caeré pulverizado; si por el contrario, Dios aprueba mi pensamiento, allanará el camino por donde yo vaya.

— Permitidme, padre mío, dijo el embajador, haceros ese camino menos áspero y fatigoso.

— Pagando mi viaje en algún buque ó carruaje...

— Perteneceis á una orden pobre, padre mío, y no puede ofenderos el que os ofrezca una limosna en nombre del país.

— En cualquiera otra circunstancia, respondió el monje, recibiría esa limosna dada en nombre de la Francia, ó en nombre vuestro, y besaría la mano que me la diera. Pero estoy ya habituado á la fatiga, y en la situación de corazón y de espíritu en que hoy me encuentro, el cansancio es un bien para mí.

— Indudablemente, pero en un buque ó en una diligencia iríais más aprisa.

— ¿Y para qué había de ir más aprisa? ¿qué urgencia tengo para llegar? Que llegue yo la vispera del día señalado para la ejecución de mi padre, es todo lo que necesito. He recibido la palabra del rey Carlos X para tres meses: confío en su palabra; con que llegue á París el día ochenta y nueve, llego á tiempo bastante.

— Entonces, y puesto que no tenéis tanta prisa, permitidme que os ofrezca hospitalidad en el palacio de Francia.

— Perdona vuestro silencio si no contesto á sus bondades más que con negativas, pero parto.

— ¿Cuándo?

— Hoy.

— ¿Á qué hora?

— Ahora mismo.

— ¿Sin hacer vuestra oración á San Pedro?

— Ya he orado, y además yo rezo andando.

— Dejarme poner en camino á lo menos.

— Separarme de vos lo más tarde posible después de los favores que os debo, será para mí verdadera dicha.

— Bien: me concederéis el tiempo necesario para despojarme de mi traje de embajador.

— Á vuestro servicio, personalmente, le concederé todo el tiempo que me dispense el honor de pedirme.

— Entonces volvamos al coche, y á la embajada.

El monje hizo un gesto de asentimiento. La carretela esperaba á la puerta del Vaticano.

El fralle y el embajador subieron á ella.

Ni una palabra dijeron durante el corto camino.

Llegaron á la embajada.

Mr. de Chateaubriand entró con el monje en su gabinete después de haber dirigido algunas palabras al ujier.

Después desde su gabinete pasó á su habitación. Apenas se había cerrado la puerta de su habitación, cuando introdujeron en el gabinete una mesa servida ya para dos cubiertos.

Diez minutos después entró Mr. de Chateaubriand vestido ya con su traje ordinario.

Invitó al hermano Domingo á que se sentara y comiera.

— Hice voto al salir de París, dijo el monje, de sólo comer de pan, de no tomar más que pan y agua hasta volver á París.

— Por esta vez, dijo el poeta, participaré de vuestro voto; yo tampoco como más que pan ni bebo más que agua; es verdad que esta agua es de la fuente Trevi.

Ambos comieron un pedazo de pan y bebieron un vaso de agua.

— Marchemos, dijo el poeta al monje.

— Vamos, replió éste.

El coche les esperaba.

— Á Torre Vergata, dijo el embajador.

Después volviéndose hacia el monje, le dijo:

— Es mi paseo cotidiano; ni aun tengo el mérito de cambiar de camino por vos.

El coche llegó á la calle del Corso, después pasó por la

plaza del Pueblo, y por último entró en la carretera de Francia.

Pasaron cerca de la ruina titulada *la Tumba de Nerón*. En Roma todo es Nerón.

Voltaire dijo hablando de Enrique IV :

« Único rey, cuya feliz memoria
el pueblo conservó junto á su gloria. »

Nerón es el solo emperador que recuerdan los romanos.

— ¿ Qué es ese coloso ?

— La estatua de Nerón.

— ¿ Qué es esa torre ?

— La torre de Nerón.

— ¿ Qué es esa tumba ?

— La tumba de Nerón.

Y todo eso lo dicen sin ninguna repugnancia y sin ninguno odio.

Los romanos de nuestros días leen poco á Tácito.

— ¿ Qué ha podido valer al asesino de su hermano Británico, de su mujer Octavia y de su madre Agripina, esta inmensa popularidad ?

¿ No consistiría esto en que en medio de todos sus crímenes Nerón era artista ?

Del aficionado y no del emperador es de quien se acuerda el pueblo ; no del César con corona de oro sino del histrión coronado de rosas.

Á poco más de una legua del sepulcro de Nerón la carretela se detuvo.

— Aquí es donde me detengo yo, dijo el poeta. ¿ Queréis que el coche os conduzca más allá ?

— Donde se detenga su excelencia me detendré yo tam-

bién, aunque sólo el tiempo necesario para decirle adiós.

— Entonces, adiós, padre mio, dijo el poeta, y que Dios os conduzca.

— Adiós, ilustre protector mio, dijo el joven. Jamás olvidaré lo que vucencia hizo por mí, y sobre todo lo que quiso hacer.

Y el monje dió un paso atrás con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿ No me echáis vuestra bendición antes de separaros de mí ? dijo el anciano al joven.

El monje meneó la cabeza.

— Esta mañana podía bendeciros aún ; pero esta tarde con los pensamientos que ocupan mi alma, la bendición sería mala y pudiera acarrearos desgracia.

— Sea, padre mio, dijo el poeta. Yo seré, pues, quien os bendiga ; uso del derecho que me da mi edad : marchad, pues, y que Dios os acompañe.

El monje se inclinó por última vez, y tomó el camino de Spoleto.

Caminó durante media hora sin volver una sola vez la cabeza hacia aquella Roma de que acaso salía para siempre y que no parecía obtenía en su espíritu más preferencia que la última aldea de la Francia.

El poeta le siguió con los ojos, inmóvil y mudo en tanto que pudo verle, acompañándole con su mirada al regreso como había hecho Salvador á la partida.

Por fin, Domingo desapareció por completo detrás de la pequeña cuesta de la Storta.

Ni una sola vez había vuelto la cabeza aquel peregrino del dolor.

El poeta le dirigió el último suspiro, y con la cabeza baja y los brazos inertes se fué á unir á un grupo de hombres

que le esperaban á la izquierda del camino cerca de una excavación comenzada.

Aquella misma noche, escribía á Mad. Recamier :

« Tengo necesidad de escribiros, porque está entristecido mi corazón. Sin embargo, no os hablaré de lo que entristece mi corazón sino de lo que ocupa mi espíritu ; de mis excavaciones. *Torre Vergata* es una propiedad de un convento, situada á una legua próximamente, á la izquierda viniendo de Roma en el paraje más bello del mundo y al mismo tiempo en el sitio más desierto. Allí hay una inmensa cantidad de ruinas cubiertas á flor de tierra por hierbas y cardos.

» Empezamos esta excavación anteayer martes al acabar de escribiros, y acompañado de Vizconti que dirige las operaciones ; hacia un tiempo delicioso ; una docena de hombres armados de palas y azadones, que desenterraban sepuleros, restos de casas y de palacios en una soledad perfecta, ofrecía un espectáculo digno de vos ; un solo deseo formulaba mi alma : el de que estuviérais allí. Consentiría sin pena en vivir con vos bajo una tienda en medio de estos escombros.

» Yo también he puesto manos á la obra ; los indicios hasta ahora son excelentes ; espero hallar algo que me indemnice del dinero jugado por mí á esa lotería de los muertos. Desde el primer día he hallado un trozo de mármol griego bastante considerable para que de él pueda hacer el busto de Pusino. Ayer hemos descubierto el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una estatua de mujer ; lo cual equivalía á encontrar el destructor con la ruina que causara ; tenemos muchas esperanzas de hallar esta mañana la estatua. Si los restos de arquitectura que

saco á la luz merecen este trabajo, no los destruiré para vender los trozos como se hace ordinariamente, los dejaré de pie y llevaré un nombre ; son del tiempo de Domiciano, tenemos una inscripción que nos lo indica. Pertenecen, pues, al buen tiempo del arte romano.

» Esta excavación va á ser el término de nuestros paseos ; yo voy á sentarme diariamente en medio de las ruinas, y después cuando hayamos marchado yo y mis doce paisanos medio desnudos, todo volverá á sumergirse en el silencio y en el olvido. Representaos un momento todas las pasiones, todos los intereses que hace siglos se agitaban en estos lugares ; había aquí amos y esclavos, dichosos y desgraciados ; hermosos seres á quienes querían ; ambiciosos que querían ser ministros ; ahora quedamos algunos pájaros y yo solo por algún tiempo ; pronto también volaremos nosotros. Decidme si creéis que merezca algún trabajo ser uno de los miembros del consejo de un reyecillo de las Galias, yo bárbaro de la América, viajero entre los salvajes de un mundo desconocido de los romanos y embajador cerca de estos sacerdotes que en otro tiempo echaban á los leones. Cuando en Lacedemonia llamaba yo á Leonidas, Leonidas no me respondía ; el ruido de mis pasos en *Torre Vergata* no habrá despertado á nadie, y cuando yo á mi vez esté en la tumba no oiré siquiera el sonido de vuestra voz. Preciso es, pues, el que me apresure á acercarme á vos y á apartar todas estas quimeras de la vida de los hombres. No hay nada bueno más que el retiro ; no hay nada verdadero más que un cariño como el vuestro.

» F. DE CHATEAUBRIAND. »

La silla-correo que sale de Roma todos los días á las

seis de la tarde llevó esta carta, y hacia las once de la noche dejó entre Baccano y Nepi un peregrino sentado en una piedra á orilla del camino.

Este peregrino era el hermano Domingo que hacía su primer descanso en el camino de Roma á París.

CAPÍTULO III.

CARTA DE UN MAESTRO DE CANTO.

Permitannos nuestros lectores conducirles á la calle de Macón á la casa de Salvador en París, mientras el padre vuelve á la capital de Francia con el corazón destrozado por el fatal resultado de su peregrinación.

En casa de Salvador sabrán nuestros lectores el terrible acontecimiento que llevó á Regina á casa de Petrus.

Salvador, ausente desde algunos días, acababa de reaparecer en su casa, cuando fué sorprendido en medio de las ternezas de Fresolina y de las caricias de Rolando por tres golpes dados á la puerta.

En la manera de llamar, conoció que era uno de los tres amigos; abrió la puerta y apareció Petrus.

Salvador dió algunos pasos atrás al mirar el rostro descompuesto de aquel joven y cogióle después por ambas manos.

— Amigo mío, le preguntó, acaba de sucederte alguna gran desgracia, ¿verdad?

— Una desgracia irreparable, contestó Petrus con voz apenas inteligible.

— No conozco más que una desgracia irreparable, dijo gravemente Salvador; es la pérdida de nuestro honor, y no necesito añadir que tengo tanta fe en el vuestro como en el mío.

— Gracias, añadió Petrus afectuosamente estrechando las manos de su amigo.

— Veamos ahora, somos hombres; hablemos como tales: ¿qué os sucede, Petrus? preguntó Salvador.

— Leed esta carta, respondió el joven, presentándole una carta medio borrada y que varias veces había sido cubierta de lágrimas.

Salvador cogió la carta y la desdobló mirando á Petrus.

Después, dirigiendo alternativamente la mirada de Petrus al papel, leyó:

» Á la princesa Regina de Lamothe-Houdón, condesa Rappt.

Señora:

» Uno de los más celosos y respetuosos defensores de la noble y antigua familia de Lamothe-Houdón ha encontrado, por una de esas casualidades en que visiblemente se presenta la mano de la Providencia, la ocasión de haceros anónimamente el servicio más señalado que puede hacer una criatura humana á otra criatura de la misma especie.

» De seguro opinaréis como yo, cuando sepáis, señora, que no sólo se trata de la tranquilidad y de la dicha de vuestra existencia, sino también del honor del señor conde Rappt y acaso de otra cosa también inestimable: de la vida del ilustre mariscal vuestro padre.

» Os pido permiso para callar los medios que he puesto en práctica para llegar al descubrimiento del peligro que

os amenaza y á la esperanza de poneros á cubierto de él para siempre. La verdadera abnegación es modesta, y además, permitidme que lo repita, tengo el honor de llamarme uno de los más celosos servidores de la familia de Lamothe-Houdón.

» Hé aquí los hechos, señora, en su terrible desnudez.

» Un hombre, un malvado, un miserable, un pillo digno del más horrible castigo, ha encontrado, según dice, por casualidad, en casa de Mr. Petrus once cartas firmadas con el nombre de Regina, condesa de Brignole; sabe muy bien que no sois condesa de Brignole; que vuestra nobleza es mucho más antigua que la de esos dignos comerciantes de ciruelas; pero dice que si podéis negar el nombre no podréis negar la letra. Ignoro por qué fatalidad estas cartas han caído entre sus manos, pero puedo informaros del enorme precio que fija para su restitución. »

Salvador miró á Petrus como para preguntarle lo que podía haber de verdad en aquel principio de epístola.

— ¡ Oh! leed, leed, dijo Petrus, aun no hemos concluido.

Salvador continuó:

« No pide menos que la increíble cantidad de quinientos mil francos, que arrancada de una fortuna como la vuestra, hará un déficit apenas risible, mientras que entre sus manos asegurará la tranquilidad de su vida. »

Al ver aquella cifra, Salvador frunció tan notablemente las cejas, que Petrus exclamó con voz ahogada y ocultando su cara entre sus manos:

— ¿ No es verdad que esto es horrible?

— Horrible, en efecto, respondió Salvador meneando

tristemente la cabeza. Pero luego, con aquella voz que parecía no deber conmoverse ni aun con la caída del mundo, continuó:

« Este miserable dice, señora, para justificar el exorbitante precio que fija para esas cartas preciosas, que conteniendo cada epístola por término medio cincuenta líneas, no puede apreciarse cada una, atendiendo á la condición de la persona que las ha escrito, en menos de cincuenta mil francos, que es poner cada línea á mil francos, y las once cartas en la suma total de quinientos cincuenta mil.

» No os asustéis, sin embargo, señora, vais á saber que mi amigo, ¿ creo que he dicho amigo? quise decir, que el miserable reducía sus pretensiones á quinientos mil francos.

» Cuantas observaciones he podido hacerle, cuantas súplicas, cuantas amenazas le he hecho, nada han obtenido; no sólo persiste en su plan espantoso, sino que ha sostenido que atendiendo á los sentimientos de todas clases expresados en aquellas cartas, y cuya publicidad haría peligrar el honor del señor conde Rappt y los días preciosos del señor mariscal del conde de Lamothe-Houdón, quinientos mil francos eran una bagatela.

» He intentado asustarle después sobre los peligros que él mismo corría en semejante enredo; os he presentado á sus ojos, colocando polizontes para que le prendiesen en las inmediaciones del sitio en donde se presentara á recibir aquella suma que parece serle tan necesaria que no tolera debate sobre la cantidad fijada; le he dicho que cualquiera otra mujer así amenazada en sus más queridos seres iría más allá todavía y podría hacer que le asesinaran. Pero al escuchar esa observación que yo creía muy seria, el mozo

se echó á reír diciendo que en uno y otro caso habria proceso, que las cartas serian indudablemente agregadas á ese proceso, citadas por el fiscal, reproducidas por los periódicos, y que entonces, por consiguiente, estarían más comprometidos que nunca el honor del señor conde Rappi, el vuestro y los días preciosos del señor mariscal.

» He tenido que sucumbir á una razón tan perentoria.

» ; Ah, señora ! hay en este pobre mundo galopines muy largos.

» Tengo, pues, el disgusto de anunciaros que después de haber buscado inútilmente todos los medios de evitar esta catástrofe, no os queda, en mi opinión, otro recurso que el de hacer lo que quiere ese indigno bribón.

» Hé aquí, pues, las proposiciones que tiene el honor de haceros y que yo tengo la honra de transmitir os en su nombre, deseando y esperando, señora, que al pasar por la boca de un leal y venturoso caballero, pierdan las palabras de aquel galopin una parte de su amargura.

» Pide, pues, quinientos mil francos, y para probaros su lealtad y su desinterés (que el corazón humano es un intrincado laberinto sólo comparable al abuso que se hace algunas veces del idioma), y para probaros, vuelvo á decir, su lealtad y su desinterés, se ofrece á remitiros sin condiciones la primera carta á fin de que desaparezca cualquiera duda que pudiérais conservar en vuestra ceguedad, y me encarga por consiguiente, de que os la dirija con la presente.

» Hé ahí cómo no llega más que á quinientos mil francos una proposición que hubiera podido elevar hasta quinientos cincuenta mil.

» Cree además que después de haberos dado una prueba tan manifiesta de su buena fe, no dudareis ya de su fran-

queza ulterior en las relaciones que con vos ha de tener.

» Si estas condiciones os parecen aceptables como cree, os suplica que coloquéis esta noche una luz detrás de la última ventana de vuestro pabellón para señal de asentimiento.

» Estará allí al dar las doce de la noche.

» Y decidida que sea esta primera cláusula, os pide que os halléis el día después á la misma hora detrás de la reja de vuestro jardín del lado del baluarte de los Inválidos.

» Un hombre, cuya presencia no deberá asustaros, porque tanto como encierra de miseria y de negra perfidia su corazón, otro tanto expresa su cara mentirosa de dulzura y de inocencia ; un hombre, repito, se acercará á la reja y os enseñará de lejos un paquete de cartas.

» Vos, señora, le enseñareis también desde lejos el primer paquete de cincuenta mil francos. Esta demostración vuestra será la prueba de que habéis entendido.

» El hombre dará entonces tres pasos hacia vos ; vos dareis otros tres hacia él, y al tiempo mismo de que él alargue la mano extenderéis vos la vuestra ; vos para entregarle el precio de la primera carta, él para entregaros la carta.

» Así, con la misma regularidad, se verificará con la segunda, con la tercera... en fin, hasta la décima carta.

» Ese hombre cree, señora, que los malos días que atraviesa en la actualidad en compañía de toda la Francia, la carestía de los víveres, el aumento exorbitante del precio de los alquileres, los gritos desgarradores de su numerosa y hambrienta familia son motivos, si no bastantes, al menos especiosos para justificar ó atenuar por lo menos la osadía de esta petición.

» En cuanto al que tan desinteresadamente se encarga

de ser para con vos comisionado de ese miserable, concluye prosternándose á vuestros pies, y suplicándoos por la tercera vez que le contéis, señora, en el número de vuestros más celosos y respetuosos servidores.

» EL MARQUÉS DE ESCOLANO. »

— Hé aquí, en efecto, un gran miserable, dijo Salvador, con su voz tranquila y dulce.

— ¡ Oh ! sí ; ¡ un picaro infame ! añadió Petrus apretando los puños y los dientes.

— ¿ Y qué pensáis hacer ? dijo Salvador mirando fijamente á Petrus.

— No lo sé, respondió Petrus desesperado ; he creído volverme loco ; por ventura he pensado en vos sencillamente, y he corrido á pedir os consejos y auxilio.

— Así, pues, ¿ no habéis hallado remedio alguno ?

— Confieso que hasta ahora uno solo me ha ocurrido.

— ¿Cuál ?

— El de levantarme la tapa de los sesos.

— Ese no es un remedio, es un crimen, respondió fríamente Salvador, y nunca un crimen curó un dolor.

— Perdonadme, respondió el joven, pero debéis comprender que mi cabeza no me pertenece.

— Y sin embargo, si alguna vez habéis necesitado vuestra cabeza es hoy indudablemente.

— ¡ Oh ! ¡ amigo mío ! ¡ querido Salvador ! dijo el joven arrojándose en sus brazos mientras que Fresolina les miraba con las manos cruzadas, la cabeza inclinada sobre los hombros y semejante á la estatua de la Piedad, ¡ oh amigo mío, salvadme !

— Lo procuraré, dijo Salvador ; mas para que lo logre

es necesario que conozca las circunstancias en todos sus detalles. Bien comprendéis que no es por curiosidad por lo que os pregunto vuestros secretos, ¿ verdad ?

— ¡ Oh ! Dios me libre de tener secretos para vos, ¿ los tiene acaso Regina para Fresolina ?

Y Petrus tendió la mano á la joven.

— Entonces, dijo Fresolina, ¿ por qué no ha venido á verme ?

— ¿ Qué podíais hacer en semejantes circunstancias ?

— Llorar con ella, respondió sencillamente Fresolina.

— Sois un ángel, murmuró Petrus.

— Veamos, dijo Salvador, no hay tiempo que perder. ¿ Cómo ha llegado á vuestro poder esa carta dirigida á la señora condesa Rappl ? ¿ Cómo están en manos de ese bandido las cartas de la señora condesa ? ¿ Y quién sospecháis que os las haya robado ?

— Voy á procurar ordenar mis contestaciones como vos habéis ordenado vuestras preguntas, querido Salvador ; pero no os enojéis, si no teniendo sobre mi mismo el absoluto dominio que sobre vos propio ejercéis vos, me separo alguna vez de la senda.

— Decid, amigo mío, decid, respondió Salvador, procurando animarle con la voz.

— Decid y tened confianza en Dios, añadió Fresolina haciendo un movimiento para retirarse.

— Oh, quedaos, quedaos, exclamó Petrus. ¿ No sois vos la mayor amiga de Regina hace aún más tiempo que el transcurrido desde que Salvador lo es mío ?

Fresolina se inclinó en señal de asentimiento.

Pues bien, comenzó Petrus después de un momento de silencio, esta mañana, hace media hora, llegó Regina á mi casa con la cara totalmente demudada.

— ¿Tenéis mis cartas? me preguntó.

Tan lejos estaba yo de imaginar lo que pasaba, que contesté:

— ¿Qué cartas?

— Las cartas que yo os he escrito, amigo mio, respondió ella, ¡once cartas!

— Están ahí, respondí.

— ¿Dónde es ahí?

— Ahí en ese cofrecito, en nuestro cofre.

— Abridlas, vedlas y enseñádmelas.

Yo tenía la llave colgada del cuello; jamás me separo de ella. El baúl estaba perfectamente chapeado; había creído pues, que podía responder afirmativamente.

— Enseñádmelas pronto, pronto, gritó.

Corrí al cofrecillo, abrí la caja que le cubría; el cofrecillo estaba en su sitio.

— Ved, le dije.

— En efecto, exclamó, veo el cofre; pero ¡las cartas! ¡las cartas!

— Las cartas están dentro.

— Enseñádmelas, Petrus.

Abri el cofre lleno de confianza y con la sonrisa en los labios.

El cofrecillo estaba vacío.

Exhalé un grito de desesperación. Regina dió un gemido.

— ¡Ah! exclamó, ¡era verdad!

Yo estaba agobiado; no me atreví á levantar la cabeza, y caí de rodillas delante de ella.

Entonces sólo fué cuando ella me presentó la carta que acabáis de leer y que yo lei.

Amigo mio, comprendi cuán fácil es hacerse asesino.

— ¿Sospecháis de alguno? ¿Estáis seguro de vuestro criado? preguntó Salvador.

— Mi criado es un imbécil, pero al mismo tiempo es incapaz de una mala acción.

— Sin embargo, es imposible que no hayáis concebido alguna duda.

— Sí, tengo una sospecha, pero ninguna certeza.

— Será de lo desconocido á lo conocido: ¿de quién sospecháis?

— De un hombre que habrais visto en mi casa si hubierais ido en esta temporada.

Salvador siguió callando en vez de excusarse por no haber ido á visitar á su amigo.

— Un hombre, repitió Petrus, que comprendió la causa del silencio de Salvador, un hombre que se llamaba mi padrino.

— ¡Ah! si, vuestro padrino, una especie de capitán de navío, ¿no es verdad?

— Justamente.

— Gran aficionado á la pintura.

— Eso es, un antiguo compañero de mi padre: ¿le conocéis?

— No, pero antes de mi partida, Juan Robert me dijo acerca de él dos palabras, y en las señas que me dió he conocido vagamente que ibais á ser víctima de un pícaro, ó por lo menos de alguna mistificación; por desgracia me vi obligado á ausentarme durante algunos dias, pero hoy mismo pensaba ir á vuestra casa á ponerme en relación con ese personaje... ¿deciais, pues, que ese hombre?...

— Se presentó en mi casa como un antiguo amigo de mi padre, llamándose con un nombre que yo conocía per-

fectamente, y que desde niño había aprendido á respetar como el de un marino bravo y leal.

— ¿Pero el que se presentó en vuestra casa tenía derecho para llevar ese nombre?

— ¿Cómo podía yo dudar de ello ni qué objeto podía atribuirle?

— Ya lo veis, el de quitaros vuestras cartas.

— ¿Por qué hacer entonces semejante suposición? Se presentaba en mi casa rico como un nabab, y empezó por hacerme un favor.

— ¡Un favor! dijo Salvador mirando á Petrus: ¿qué favor?

Petrus sintió que se ruborizaba hasta lo blanco de los ojos bajo la mirada de Salvador.

— Impidió que vendiese mis muebles y mis cuadros, prestándome diez mil francos, dijo Petrus balbuceando.

— Sí; por cuyos diez mil pide quinientos mil á la condesa Rappt. Hé ahí un mozo que según convendréis conmigo, querido Petrus, sabe hacer producir á su dinero.

Petrus no pudo contenerse y dirigió á Salvador una mirada de reprensión.

— En fin, dijo Petrus, fué una falta, convengo en ello. Pero acepté aquellos diez mil francos.

— ¿De suerte que son diez mil francos más que debéis?

— ¡Oh! dijo Petrus, con esos diez mil francos he pagado seis ó siete mil francos de deudas apremiantes.

— No es esa la cuestión, dijo Salvador; volvamos á la verdadera desgracia.

— ¿Ese hombre desapareció de vuestra casa?

— Sí.

— ¿Desde cuándo?

— Desde esta mañana.

— ¿Y no os habéis inquietado por esa desaparición?

— No; alguna vez ya se había quedado á dormir fuera.

— Pues ese hombre es.

— Sin embargo...

— Os digo que él es. Nos equivocariamos siguiendo otra pista.

— Yo también lo creo así.

— ¿Qué ha hecho la condesa al recibir esa carta?

— Calculó sus recursos.

— Es inmensamente rica, ¿verdad?

— Sí, pero no puede vender ni obtener prestado más que con el consentimiento de su marido, y no puede pedirle ese permiso, puesto que se encuentra á ochocientas leguas de aquí; ha reunido, pues, sus diamantes, sus encajes, sus joyas; pero todas esas cosas, muy caras cuando se compran, pierden cuando se quiere venderlas más de la mitad de su valor; puede reunir setenta y cinco á ochenta mil reales cuando más.

— ¿Tiene amigos?

— La señora de Marande lo es íntima suya; el señor de Marande está en Viena; ¿no se diría que todo se conjura contra nosotros? Mad. de Marande le ofreció, pues, todo el dinero que tenía y una corona de esmeraldas; todo ello puede subir á unos setenta mil francos; en cuanto á la pobre Carmelita inútil es pensar en ella; sería darla un disgusto sin resultado.

— Y por lo que hace á la pobre Fresolina, dijo la joven hasta entonces silenciosa, no tiene más que este anillo de oro, que ella no vendería por quinientos mil francos, es verdad, pero que un lapidario no tasaría de seguro en más de diez.

— Tenéis á vuestro tío, añadió Salvador; el general es rico, y os quiere; es un verdadero caballero que daría indudablemente su vida por rescatar el honor de una señora como la condesa Rappt.

— Sí, dijo Petrus, daría su vida, pero no daría la décima parte de su fortuna; he pensado en él naturalmente como vos; pero el general es violento é impetuoso para los remedios pronto ó expeditivos; hubiera ido á emboscarse detrás de un árbol con su bastón de estoque y se hubiera echado sobre el primer transeunte de aspecto sospechoso que á tales horas hubiese encontrado en el baluarte.

— Y aun cuando ese transeunte, añadió Salvador, fuera nuestro pícaro en cuestión, podría muy bien suceder que no llevase sus cartas encima, y por otra parte, como lo ha dicho el mismo bribón, cualquier tentativa de arresto ó de asesinato traería consigo un proceso, la publicidad de las cartas y la deshonra de la condesa.

— Quizás hubiera un medio, dijo Petrus.

— ¿Cuál? preguntó Salvador.

— ¿Conocéis al señor Jackal?

— ¿Y qué?

— Pues bien, prevenirle.

Salvador se sonrió.

— Sí, dijo; en efecto, el medio es en apariencia más sencillo y natural; pero en realidad es el peor de los medios.

— ¿Por qué así?

— ¿De qué nos han servido nuestras investigaciones legales en el asunto de Mina? Sin la casualidad, ó mejor dicho, sin la Providencia que me permitió encontrarla del modo más raro, Mina sería aún la prisionera de Mr. de Valgeneuse. ¿De qué nos han servido esas mismas averi-

guaciones en el asunto de Mr. Sarranti? ¿A lograr que desapareciese Rosa de Noel como había desaparecido Mina. Tened bien presente una cosa, amigo mío, que nuestra policía de 1828 no descubre una cosa más que cuando tiene interés en descubrirla: ahora bien, en el asunto de que se trata estoy casi seguro de que no descubrirá nada, y que lejos de ayudarnos nos perjudicará mucho.

— ¿Por qué?

— Porque, ó me engaño mucho, ó la policía no es extraña á nada de lo que nos sucede.

— ¿La policía?

— Ó los polizontes; nosotros, amigo mío, estamos mal calificados en el libro de Mr. Delavau.

— Pero ¿qué interés puede tener la policía en la deshonra de la condesa Rappt?

— He dicho ya que la policía ó los polizontes. Hay policía y hay además polizontes, como hay religión y ministros; son dos cosas del todo distintas. La policía es una institución saludable ejercida por gentes corrompidas y casi gangrenadas. Preguntáis el interés que puede tener la policía en la deshonra de la señora condesa Rappt. ¿Qué interés podía tener en el robo de Mina? ¿qué interés tiene en la ejecución de Mr. Sarranti, cuyo cadalso estará dentro de ocho días levantado en la plaza de la Greve? ¿qué interés tiene en que Mr. Gerard pase por un hombre honrado y obtenga el premio de Monthion? ¿qué interés puede fijar, por último, en que Rosa de Noel desaparezca de casa de la Brocante? La policía es una diosa tenebrosa, y que sólo camina por vías obscuras y subterráneas, ¿hacia dónde? nadie lo sabe. Tiene tantos intereses en esta digna institución, que siempre se ignora en virtud de cuál de ellos ha obrado. Tiene interés político, interés moral, interés filo-

lógico, interés literario, interés humorístico. Hay en ella hombres de imaginación como Mr. de Sartine, hombres de fantasía como Mr. Jackal que hacen policíar unas veces por arte y otras por juego. Es un hombre bien caprichoso ese Mr. Jackal. Ya conocéis su máxima; cuando quiere descubrir un secreto cualquiera, *buscad á la mujer*, dice; en el caso presente no ha sido difícil hallar la mujer. Además, en estos días hay policía y contra-policía; policía del rey, policía del delin, policía realista, policía ultrarrealista. El c. nde Rappt ha sido enviado á San Petersburgo, y según se afirma para tratar en secreto con el emperador de un gran proyecto que tendría por objeto una alianza contra la Inglaterra, alianza en la cual se nos devolverían nuestras fronteras del Rin. Aparte de esto han llamado á Mr. de Lamothe-Houdón á las Tullerías, quizás porque quieren que forme parte de un nuevo ministerio compuesto de Mr. de Martinac, de Mr. de Portalis, de Mr. de Caux, de Mr. de Roy, de Mr. de la Ferronnays, de no sé qué otros; pero el mariscal no se deja engañar. Se niega á formar parte de un ministerio de transición; acaso quieran forzar la mano del mariscal y ponerla entre una cartera y un escándalo. En estos tiempos todo es posible.

— Sí, dijo Petrus, excepto encontrar quinientos mil francos.

Salvador hizo como si no hubiera entendido.

Después dijo continuando su pensamiento:

— Advertid que yo no afirmo nada, no hago más que buscar con vos.

— ¡ Oh ! exclamó Petrus desanimado, yo ni aun busco.

— Entonces, dijo Salvador con cierta sonrisa que no dejó de pasmar á Petrus, entonces yo soy el que busca solo; sin embargo, ó mucho me engaño, ó hay en el asunto

policía ó por lo menos polizontes; ese marino que viene á instalarse á vuestra casa, que os conoce desde que erais niño; que en su calidad de amigo del capitán Herbel sabe todos vuestros secretos de familia, ese hombre me parece que le veo salir hecho y derecho de la calle de Jerusalén. Sólo un padre ó una madre, ó la policía, madre de la sociedad, pueden conocer así la vida de un hombre desde la cuna hasta el taller; además yo he creído siempre que por la letra se podía juzgar el carácter de un hombre; observad la mano que ha trazado estas líneas. — Salvador enseñó la carta á Petrus. — La mano que ha trazado estas líneas no ha temblado; la letra es ancha, derecha, firme, nada disfrazada, prueba de que el que escribió no tuvo miedo de que le reconociesen; esta letra es imagen de la inteligencia que la dicta; el hombre que confeccionó esta epístola, no sólo es por consiguiente un hombre de habilidad, sino también un hombre de resolución; sabe perfectamente que se expone á ir á presidio, y no vacila ni en una letra; esto está claro y derecho como lo escribiría un tenedor de libros. Hétenos aquí por lo mismo frente á frente de un compañero atrevido, hábil y resuelto: sea; á mí me gusta la lucha tanto como me repugna la treta; obraremos, pues, como debemos.

— ¿ Que obraremos ? dijo Petrus.

— Quiero decir que obraré.

— Pero si me prometéis trabajar es prueba de que tenéis alguna esperanza.

— Tengo algo más que una esperanza; ahora tengo una certeza.

— ¡ Salvador ! exclamó Petrus, poniéndose casi tan pálido de alegría, como antes se había puesto de terror, Salvador, mirad lo que decís.

— Os digo, amigo mío, que tenemos que batirnos con un ejercitado campeón ; pero ya me habéis mirado antes en semejante faena, y sabéis que mis fuerzas son regulares. ¿ Dónde está Regina ?

— Ha vuelto á su casa, y espera con ansiedad que Fresolina le lleve una contestación.

— ¿ Ha contado, pues, con Fresolina ?

— Como yo habia contado con vos.

— Vamos, ambos tenéis razón ; da gozo tener amigos á quienes se inspire tal confianza.

— ¡ Dios mío, Dios mío ! Salvador, no me atrevo á preguntaros.

— Ponte el abrigo y el sombrero, Fresolina, toma un coche, corre á casa de Regina, dile que devuelva á Mad. de Marande su aureola de esmeraldas y sus billetes de banco ; que lleve á los estuches sus diamantes y su dinero á la gaveta : dile, sobre todo que recobre su tranquilidad, que no viva atormentada, y que esta noche á las doce ponga la luz consabida detrás de la última ventana de su pabellon.

— Voy allá, respondió la joven, sin presentarse asombrada de la misión que la encargaba Salvador. Y entró en su habitación para tomar un abrigo y un sombrero.

— Pero si hace Regina la señal pedida, dijo Petrus, mañana á la misma hora se presentará el hombre á reclamar los quinientos mil francos.

— Sin duda ninguna.

— ¿ Y qué hará entonces Regina.

— Se los dará.

— ¿ Y quién se los dará á ella, para dárselos á ese hombre ?

— Yo, dijo Salvador.

— Vos, gritó Petrus casi asustado de aquella seguridad, y dispuesto á creer que Salvador estaba loco.

— Yo, repitió Salvador.

— ¿ Pero adónde habéis de encontrarlos ?

— Eso os importa poco, con tal de que yo los halle.

— ¡ Oh ! querido amigo, confieso que como no los vea...

— Sois muy incrédulo, amigo mío ; tenéis sin embargo un precedente, el de Santo Tomás ; pues bien : como Santo Tomás, veréis y creereis.

— ¿ Cuándo ?

— Mañana.

— ¿ Mañana veré los quinientos mil francos ?

— Ya divididos en diez paquetes á fin de ahorrar á Regina el trabajo de dividirlos ella misma ; cada paquete contendrá, según se pide, diez billetes de banco de cinco mil francos cada uno.

— Pero, baluceó Petrus, no serán verdaderos billetes.

— Bucho... ¿ Pues por quién me tomáis ? No tengo ganas de que ese hombre me mande á presidio. Serán buenos, hermosos billetes de cinco mil francos ; escritos con tinta encarnada y que encierren este lema estampado con todas sus letras :

La ley castiga con pena capital al falsificador.

— Héteme aquí, dijo Fresolina entrando ya dispuesta para salir.

— ¿ Te acuerdas de lo que tienes que decir ?

— Devuelve á Mad. de Marande su aureola y sus billetes ; coloca otra vez tus diamantes en sus estuches y tu dinero en tu gaveta, haz mañana á la hora indicada la convenida señal.

— ¿ Cuya señal es ?

— Es poner una bujía encendida detrás de la última ventana del pabellón.

— ¡ Eh ! dijo satisfactoriamente Salvador. ¡ Lo que tiene el ser querida de un mandadero ! Hé ahí cómo se hacen las comisiones. Vete, paloma del arca de Noé, vete, y Salvador miró salir á Fresolina con una mirada llena de cariño.

En cuanto á Petrus, hubiera querido besar aquellos plececitos que parecían apresurarse á llevar una buena noticia á su amiga.

— ¡ Ah, Salvador ! exclamó luego Petrus echándose en brazos de su amigo cuando la puerta quedó cerrada, ¿ cómo podré yo nunca agradeceros el servicio que me hacéis ?

— Olvidándolo, respondió Salvador con su dulce y tranquila sonrisa.

— Pero al fin y al cabo, volvió á preguntar Petrus, ¿ de nada puedo servirlos ?

— Para nada absolutamente, amigo mío.

— Decidme, sin embargo, lo que debo hacer.

— Estar perfectamente tranquilo.

— ¿ En dónde ?

— Donde queráis ; en vuestra casa, por ejemplo.

— ¡ Oh ! de fijo no podré.

— Entonces pasead, corred á pie, montad á caballo, id á Belleville, á Fontenay-aux-Roses, á Bondy, á Montmartre, á Saint-Germain, á Versailles, id á donde mejor os plazca, excepto al baluarte de los Inválidos.

— Sí... pero... ¿ y Regina ? ¿ y Regina ?

— Regina estará ya completamente tranquilizada por Fresolina, y estoy seguro que será más razonable que vos y no saldrá de su casa.

— Lo que pasa, Salvador, me parece un sueño.

— Sí, una pesadilla ; pero que, á lo que debemos creer, acabará mejor que empezó.

— ¿ Y decís que mañana veré los quinientos mil francos en billetes de banco ?

— ¿ Á qué hora estaréis en vuestra casa ?

— ¡ Oh ! la hora que queráis ; todo el día si es preciso.

— ¡ Bien ! hace cinco minutos decíais que no podríais permanecer en ninguna parte.

— Tenéis razón, no sé lo que digo ; pues bien, hasta mañana á las diez, si queréis, mi buen Salvador.

— Hasta mañana á las diez de la noche.

— Permitiréis que os deje ; necesito tomar el aire ; me ahogo.

— Esperadme ; yo también voy á salir ; bajaremos juntos.

— ¡ Oh Dios mío, Dios mío ! dijo Petrus agitando el aire con sus brazos : ¿ estoy ya despierto de veras ? ¿ Es verdad que nos hemos salvado ?

Y llenó sus pulmones de aire con una aspiración larga y ruidosa.

Durante este tiempo Salvador entraba en su habitación y sacaba del cajón secreto de un mueblecito de palo de rosa un papel adornado con un doble timbre y escrito con letra muy fina, que colocó en el bolsillo interior del pecho de su chaqueta de terciopelo.

Los dos jóvenes bajaron rápidamente la escalera, dejando á Rolando el cuidado de guardar la habitación.

En la puerta de la calle Salvador tendió la mano á Petrus.

— ¿ No vamos por el mismo camino ? preguntó éste.

— No lo creo así por lo menos, dijo Salvador; vos camináis según todas las probabilidades á la calle de Notre-Dame-des-Petits-Champs, y yo voy indudablemente á la calle de Fers.

— ¿Cómo vais á?...

— Á mi puesto, dijo riendo Salvador; hace ya tiempo que las señoras del mercado no me han visto y deben sentir por mí algún interés; y luego os confesaré otra cosa, que tengo necesidad de hacer una ó dos comisiones para completar vuestros quinientos mil francos.

Y Salvador saludó con la sonrisa en los labios á Petrus, que volvió á tomar por el camino que conduce á la calle de Notre-Dame-des-Petits-Champs, pensando en todo lo que acababa de pasar.

Como nosotros nada tenemos que hacer en su estudio, seguiremos á Salvador, no por el lado de la calle de Fers, donde no tenía la menor tentación de ir aunque le dijera á Petrus lo contrario, sino hacia la calle de Varennes, donde estaba el estudio del digno notario que ya hemos tenido el honor de presentar á nuestros lectores bajo el nombre de Pedro Nicolás Baratteau,

CAPÍTULO IV.

EL ESTELO-NOTARIO.

Sucede con los notarios como con los pollos; con la diferencia de que los unos se comen, y los otros le comen á uno. Hay, por consiguiente, buenos y malos notarios, como hay buenos y malos pollos.

Mr. Baratteau pertenecía á esta segunda especie; era un mal notario en toda la extensión de la palabra, y tanto más malo, cuanto que gozaba en todo el barrio de San Germán una reputación de integridad igual por lo menos á la que en Vanves disfrutaba Mr. Gerard.

Tratábase á la sazón de recompensar su proverbial probidad, convirtiéndole en alcalde, en diputado, en consejero de Estado, ó en una cosa parecida.

Mr. Loredán de Valgeneuse protegía mucho á Mr. Baratteau. Había empleado toda su influencia con el ministro del Interior para hacer que le nombraran caballero de la Legión de honor; ya se sabe que la influencia de Mr. Loredán de Valgeneuse era considerable; por lo mismo había obtenido la cruz solicitada; el honrado notario acababa, por consiguiente, de ser condecorado, con gran escándalo de algunos dependientes, que sabiendo vagamente que el notario había hipotecado unos bienes inmuebles de que no era absoluto dueño, le acusaban de haberse hecho culpable de crimen de *estelionato*, y le llamaban irónicamente entre ellos el Estelo-notario.

La acusación no era completamente justa; el estelionato consiste, hablando en términos técnicos, en vender dos veces á dos distintos compradores una cosa que nos pertenece. Mr. Baratteau, por más que de él dijera la crónica escandalosa, no se había hecho culpable de ese delito; había hipotecado una casa que no le pertenecía, y debemos añadir que cuando cometió ese peccadillo aun no era verdadero notario; que sólo lo había cometido para comprar su estudio; y que una vez poseedor de aquél había reembolsado á su acreedor, haciendo desaparecer con buena y legítima compensación su primitivo delito. La calificación de este notario, que sus pasantes le daban, era por lo